



Apostolado Laico



El Concilio Vaticano II supo encarar el cambio de los tiempos y la necesidad en la Iglesia de enfrentar los desafíos planteados por la explosión demográfica en muchas naciones, en contraste al control de natalidad de otras, el progreso científico y tecnológico, el adelanto de las comunicaciones y muchas otras novedades inimaginables hace algunos decenios, y que han hecho muy diferente al mundo actual de cualquier otra era histórica.

En su Decreto *Apostolicam actuositatem*, el Concilio alertó sobre los “nuevos problemas” que acarrearán tales transformaciones, con evidentes reflejos sobre la misión de la Iglesia. Máxime cuando “la autonomía de muchos sectores de la vida humana, como es justo, aumentó, a veces con cierto distanciamiento del orden ético y religioso, y con grave riesgo para la vida cristiana”. Y advertía: “En nuestro tiempo surgen nuevos problemas y se difunden gravísimos errores que amenazan con subvertir la religión, el orden moral y la propia sociedad humana”. Cuarenta años después, la sociedad está vaciándose gradualmente de Dios, y de Cristo, rodando cuesta abajo hacia el relativismo moral y la corrupción, radicalizados por un desenfrenado hedonismo.

El Viernes Santo de 2005 resonó en el mundo esta advertencia de quien era cardenal y hoy es el Papa Benedicto XVI: “La cristiandad, como cansándose de tener fe, ha abandonado al Señor: las grandes ideologías y la superficialidad del hombre, que ya no cree en nada, y se deja llevar simplemente por la corriente, han creado un nuevo paganismo peor (que el antiguo) que, queriendo olvidar definitivamente a Dios, ha terminado por desentenderse del hombre. El hombre, pues, está sumido en la tierra.” Este mal, que no tiene miramientos con clase social, ambiente o nación alguna, ha ido desvaneciéndose la sensibilidad moral y haciendo desaparecer el concepto

mismo de pecado, la noción de arrepentimiento y el valor del peso de conciencia. En suma, hoy se vive como si Dios no existiera. Las estadísticas no hacen más que confirmar esta realidad: el porcentaje de fieles que frecuentan la misa de domingo y los sacramentos disminuyen a ritmo acelerado.

Frente a esta situación, ¿tenemos derecho a quedarnos parados? ¿Qué espera Dios de nosotros? La exhortación final de la *Apostolicam actuositatem* nos da la respuesta, convocándonos a un gran esfuerzo de evangelización: “El sagrado Concilio pide encarecidamente en el Señor a todos los laicos que respondan con voluntad decidida, ánimo generoso y corazón dispuesto a la voz de Cristo –que en esta hora los invita con mayor insistencia– y al impulso del Espíritu Santo. Que particularmente los más jóvenes tomen este llamamiento como dirigido a ellos, y lo reciban con alegría y magnanimidad.” La quinta palabra de Jesús en su agonía en el Calvario, “tengo sed”, era ya una convocatoria dirigida a todos los laicos, haciéndose aún más apremiante en nuestra época. El Salvador tiene sed de almas, quiere la conversión de todos.

El Concilio Vaticano II se hizo eco de la voz del Divino Maestro y nos recuerda que en las circunstancias actuales, la Iglesia necesita más que nunca a los apóstoles laicos. Las almas de nuestros hermanos claman por nosotros; muchas de ellas corren el riesgo de perecer si no atendemos este llamamiento. Seamos generosos y digamos “¡sí!”. De este modo llevaremos a la práctica el sublime mandamiento del Señor: “que os améis unos a otros” (Jn 15,17)

José Manrique Vicente
Consiliario de la Hermandad